

EL DOCTOR FRANCISCO HERNANDEZ, PROTOMEDICO  
GENERAL EN INDIAS, Y OTRAS NOTICIAS SOBRE  
MEDICOS TOLEDANOS DEL SIGLO XVI

*José-Carlos Gómez-Menor Fuentes*

I

EL DOCTOR FRANCISCO HERNANDEZ, PROTOMEDICO GENERAL  
EN INDIAS Y PRIMER INVESTIGADOR DE LA FLORA Y FAUNA  
AMERICANA

INTRODUCCIÓN

Francisco Hernández, nacido en la Puebla de Montalbán hacia 1516, se cuenta entre los médicos toledanos más distinguidos del siglo XVI, y el primero que estudió con rigor la flora americana. Por orden del rey Felipe II hizo un viaje científico para el estudio sistemático de las plantas de uso medicinal propias del virreinato de Nueva España, hoy México. Fruto de este periplo fueron varios libros que compuso en América y cuyas copias, correctamente manuscritas y espléndidamente encuadernadas, se conservaron en la biblioteca de El Escorial hasta que perecieron en el desgraciado incendio ocurrido en 1671.

Ya antes de su viaje por América había hecho una excelente traducción de la *Historia Natural* de Cayo Plinio, con escolios y prolijos comentarios, que se conserva manuscrita.

Después de su muerte, ocurrida en 1578, a tan sólo un año de su regreso a España, sus obras fueron impresas parcialmente varias veces. De estas ediciones recordaremos la de 1615: *Quatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales, que están recebidos en el uso de la Medicina en la Nueva España*; un compendio en latín, *Rerum medicarum Novae Hispaniae thesaurus* (1651), y por fin, la magna edición preparada por Casimiro Gómez Ortega en tres volúmenes in folio: *Historia plantarum Novae Hispaniae*, Madrid, 1790.

El doctor Hernández es el médico toledano del siglo XVI más estudiado y citado, aunque no muy popular. Como escribe José Luis Benítez

Miura, «constituye la figura del doctor Francisco Hernández una de las más notables y al mismo tiempo más olvidadas de nuestra Medicina del siglo XVI, ya que nunca ha obtenido en España las consideraciones y el recuerdo que en justicia se le deben».

«Por otra parte —continúa el señor Benítez Miura—, ha habido quien reconociendo sus méritos, ha querido hacerle justicia, como el botánico francés Mr. de Lussieu, que perpetuó su memoria, al imponer en su honor el nombre de *Hernandia* a un género de plantas de la familia de las Lauráceas, que más tarde fue elevado a familia por Mr. Blune con el nombre de *Hernandiáceas*».

El viaje científico del Dr. Hernández al Nuevo Mundo es consecuencia del interés despertado en Europa por una flora muy distinta a la europea, y a la existencia de una farmacopea indígena basada en el uso de plantas medicinales. Ya el doctor Alvarez Chanca, el médico que acompañó a Cristóbal Colón en su segundo viaje, iniciado en septiembre de 1493, hizo someras descripciones de plantas y aves americanas. Fernández de Enciso muestra idéntico interés en su libro *Suma de geografía*, Sevilla, 1519. Gonzalo Fernández de Oviedo hizo varios viajes a las Indias, fruto de los cuales son sus célebres descripciones. A estos autores de Indias se añadirían después López de Gómara, Cieza de León, Monardes, Zárate, Sahagún, Vargas Machuca y otros muchos.

El mismo conquistador Hernán Cortés ayudó, con sus divulgadas cartas al Emperador don Carlos, a despertar la admiración por la naturaleza mejicana. Y así recuerda Benítez: «En su segunda carta, describiendo la magnífica y gran ciudad de Tenixtitlan, al hablar del mercado, dice «Hay calles de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios, donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y enplastos».

Sobre el prestigio y obra del doctor Hernández es digno de reproducirse lo que escribe el licenciado Baltasar Porreño en su *Vida* de Felipe II:

«Envió al Dr. Hernández a las Indias Occidentales a que escribiera una historia de todos los animales y plantas de aquellas remotas regiones: él lo hizo como un hombre docto e inteligente en poco más de cuatro años, y escribió quince libros grandes, de folio, que yo he visto en El Escorial mismo, con sus mismos nativos colores de sus plantas y animales, poniendo el mismo color que tiene el árbol y de la yerba en raíz, tronco, ramas, hojas, flores, frutos; el que tiene el cayman, la araña, la culebra, la serpiente, el conejo, el perro y el pez, con sus escamas; las hermosísimas plumas de tantas diferencias de aves, los pies y el pico, y aun los mismos talles, colores y vestidos de los hombres y los ornatos de sus galas y de sus fiestas, y la manera de sus coros y bayles y sacrificios, cosa que tiene singular deleyte y variedad de mirarse. En los unos destos libros puso la figura, forma y color del animal y de las plantas, partiéndoles como mejor pudo, y en otros, a quien se remite por sus números, pone la

historia de las cosas, las calidades, propiedades y nombre de todo, conforme a lo que pudo colegir de aquella gente várvara y de los españoles que allá han nacido, vivido y criadose. Hizo fuera destos quince libros, otros dos por sí, el uno es indice de las plantas, y la similitud y propiedad que tienen con las nuestras; el otro es de las costumbres, leyes y ritos de los indios y descripciones del sitio de las provincias, tierras y lugares de aquellas regiones y nuevo mundo, repartiéndole por sus climas. A los gastos de todo esto acudió S.M. con larga mano y de adorno destos tomos que estan encuadernados hermosamente, cubiertos y labrados de oro sobre cuero azul, manezuelas, cantoneras y bullones de plata muy gruesos y de excelente labor y artificio de los borradores y rascaño que se pintaron en los campos, discurriendo por soledades y desiertos, que adornaron lienzos de pinturas, que están en la galería y aposento de Su Magestad en San Lorenzo el Real.» \*

Este es el ilustre médico toledano cuya biografía vamos a bosquejar, para cooperar a su conocimiento y divulgación; y a lo dicho por otros autores, que sintetizamos, hemos añadido algunas noticias inéditas sobre su familia y sobre el destino de sus borradores, que hemos hallado y transcrito de diferentes documentos custodiados en el Archivo Histórico Provincial de Toledo.

## BIBLIOGRAFÍA

Prescindiendo de las obras antiguas en que el Dr. Francisco Hernández es mencionado o citado, señalaré algunos trabajos dedicados a esta figura de la Medicina, por orden cronológico:

AGUSTÍN JESÚS BARREIRO: *El testamento del Doctor Francisco Hernández*, Madrid, 1929.

SILVIO IBARRA CABRERA: *Correspondencia del doctor Francisco Hernández dirigida desde México al Rey don Felipe II*, Imprenta del Instituto de Biología, Chapultepec, 1937.

\* En todas las biografías de Felipe II se pone de relieve el mecenazgo del Monarca hacia los cultivadores de las artes y ciencias. Fue sincero su afán de promover el conocimiento geográfico y natural de sus vastas posesiones. En la *Vida de don Felipe el Prudente, segundo deste nombre, rey de las Españas y Nuevo Mundo*, escrita por don Lorenzo Vander Hammen y León (Madrid, 1963), fol. 133 puede leerse al respecto: "Hizo traer también pezes para los estanques, de Flandes carpas, tengas, burgetes; y gambaros de Milan, y recoger de diuersas regiones de ambas Indias, de Alemania, Arabia y Grecia, virtuales y medicinales plantas de inestimable valor por sus efetos. Embió Médicos y erbolarios con pintores, para que le truxessen los dibuxos y pinturas de quantas diferencias de yeruas auia, arboles de huerto y montaña, de las aues, culebras, sabandijas de generacion y putrefaccion conocidas, animales brauos, mansos, terrestres, marinos, monstruos, y de cosas admirables en la naturaleza y ordinarias en aquellas regiones. De todo se hizieron retratos y copias, y se pusieron en libros curiosos y preciosos que oy conserua la librería de San Lorenzo...", clara alusión a la labor científica del Dr. Hernández, entre otros.

- I. OCHOTERENA: *Contribuciones para la historia de las Ciencias biológicas en México*. I. *Doctor Francisco Hernández*, en "Anales del Instituto de Biología", VIII (1937), págs. 419-435.
- G. SOMOLINOS D'ARDOIS: *El viaje del doctor Francisco Hernández por la Nueva España*, en "Anales del Instituto de Biología", México, XXII (1951), págs. 435-484.
- EFRÉN C. DEL POZO, director: *Obras Completas del Doctor Francisco Hernández*. Tomo I. *Vida y obra de Francisco Hernández*, por el Dr. G. SOMOLINOS D'ARDOIS. México, Universidad Nacional, 1960.
- ENRIQUE ALVAREZ LÓPEZ: *El Dr. Francisco Hernández y sus Comentarios a Plinio*, en "Revista de Indias", III (1942) 8, págs. 251-290.
- JOSÉ LUIS BENÍTEZ MIURA: *El Dr. Francisco Hernández, 1514-1578. Cartas inéditas*, en "Anuario de Estudios Americanos", Sevilla, VII (1950), págs. 367-409.
- JUAN COMAS: *Influencia indígena en la medicina hipocrática en la Nueva España del siglo XVI*, en "América Indígena", México, XIV (1954), págs. 327-361.

El Dr. Germán Somolinos se convirtió, desde 1950 hasta su muerte, en el mejor especialista en los temas relativos al doctor Francisco Hernández, mientras preparaba la biografía del célebre médico, que ocupa parte del tomo I de la edición de las *Obras completas* proyectada por la Universidad Nacional de México. Fruto de su interés es la serie de trabajos de corta extensión, complementarios de otros más extensos de tema hernandiano, entre otros los siguientes:

- *Manuscrito firmado, original del Dr. Francisco Hernández, aparecido en México*, en "Ciencia", México, XIX (1949), págs. 209-210.
- *El fracaso editorial de la obra de Francisco Hernández*, en "Cuadernos Americanos", 55 (1951), págs. 163-179.
- *La partida de defunción del Dr. Francisco Hernández*, en "Ciencia", México, XXI (1951), págs. 50-52.
- *Nuevos manuscritos de Francisco Hernández aparecidos en Madrid*, en "Ciencia", México, 14 (1954), págs. 109-110.
- *El Doctor Francisco Hernández y la primera expedición científica en América*, en "Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina", Caracas, X (1962), 24, págs. 175-186.
- *Francisco Hernández, protomédico de las Indias*, en "Gaceta médica de México", México, 92 (1962), págs. 609-616.

También V. W. von Hagen ha dedicado dos breves escritos al ilustre protomédico de Indias:

- *Francisco Hernández. The 'conquistador' of science*, en "Frontiers", V (1941) 3, págs. 75-80.
- *Francisco Hernández: Naturalist. 1515-1578*, en "Scientific Monthly", 58 (1944), págs. 383-385.

A estos artículos pueden añadirse estos otros referentes al médico toledano:

H. HERMANN: *Die Therapie der Lues und eniger Hautekrankungen im Spiegel der Publikationen des Francisco Hernández und des Franzisco Ximenez. Ein Beitrag zur Geschichte der Dermatologie in 16. und 17. Jahrhundert*, "Medizinische" 14 (1956), págs. 527-530.

ANGEL M.<sup>a</sup> GARIBAY: *El Dr. Hernández y la curiosidad científica en el México del siglo XVI*, en "Lectura. Libros e Ideas", CXLIV, 1, (1961), págs. 22-31.

A. A. M. STOLS: *La producción de las 'Obras completas' de Francisco Hernández*, en "Gaceta médica de México" 92 (1962), págs. 612-622.

## 1. PATRIA Y PRIMEROS ESTUDIOS

Francisco Hernández nació en la Puebla de Montalbán, la célebre villa situada a 28 kilómetros de Toledo, en la vega del río Tajo, feraz y bien cultivada. El mismo lo dice en su testamento, que se conserva en el Archivo General de Simancas: «Yo, el doctor Francisco Hernández, protomédico de su magestad en todas las Indias Occidentales, natural que soy de la villa de la Puebla de Montalbán...»<sup>1</sup>.

En esta misma villa, recordemos, ha nacido dos generaciones antes el bachiller Fernando de Rojas, el jurista de familia conversa, genial autor de *La Celestina*. Y precisamente con una mujer de la misma familia Rojas casará algunos años después el doctor Francisco Hernández.

Por ello y por otros muchos indicios, no es aventurado suponer que, asimismo, por sus venas corría más sangre de linaje hebreo que cristiano-vieja. Pero tan *limpia casta* era una como otra, aunque oficialmente no se pensase así en la España de Carlos I.

Una buena parte de los vecinos de la Puebla de Montalbán eran descendientes de conversos del judaísmo, bien en el período posterior a la persecución antijudía de 1391 (sobre todo entre 1391-1420), bien en los años de la Expulsión de la comunidad hebrea y en la época del exilio portugués (1492), hasta que los mismos Reyes doña Isabel y don Fernando cerraron definitivamente las fronteras a los antiguos sefardíes (1498).

Era entonces la Puebla de Montalbán una rica villa de unos mil vecinos, señoreada por la familia Pacheco Téllez-Girón, una de las más encumbradas de la Corona de Castilla por predilección que hacia ella sintieron los Trastámaras. El señor de la Puebla, cuando en ella nace el futuro protomédico, don Alonso Téllez Girón, cuenta entre sus parientes más allegados a los duques de Escalona y marqueses de Villena, al mar-

1. AGUSTÍN JESÚS BARREIRO: *El testamento del doctor Francisco Hernández*, Madrid, 1929.

qués de Moya, al conde de Miranda; y después sus descendientes emparentarán con los duques de Uceda, Maqueda y Frías. Sus rentas son muy cuantiosas. Buenos administradores, tienen ideas claras sobre la mejor gobernación de sus estados, y un grupo de buenos juristas aconseja al Señor de Montalbán, administra justicia a sus vasallos, y defiende ante las reales chancillerías de Granada y Valladolid, y ante los demás tribunales, los derechos ciertos o presuntos del señorío y de sus tierras<sup>2</sup>.

No tenemos datos sobre los padres del doctor Hernández ni sobre la fecha exacta de su nacimiento, que es lo más probable ocurriera en el año 1517. En todo caso, las fechas más seguras no variarán mucho de dos años antes o después de 1517.

Los datos conocidos no son coincidentes. En una de sus cartas a Felipe II escrita desde Méjico ponderará Hernández sus trabajos, «aliende de casi sesenta años de edad» que pesan sobre sus hombros. Pero como exagera sus achaques para excitar la benevolencia del monarca, y confiesa no haber alcanzado los sesenta, bien pueden faltarle entonces dos o tres años para cumplirlos. La carta aludida está escrita el 20 de marzo de 1575.

Según esto, cuando Francisco Hernández corona su vida al ser enviado a las Indias, en 1570, como protomédico general, contaría 52 ó 53 años, y

2. Sobre el estado de la Puebla de Montalbán en los siglos XV y XVI puede consultarse en SALVADOR DE MOXÓ: *Los antiguos señoríos de Toledo*, Toledo, I.P.I.E.T., 1973, págs. 139-143.

Testigo de su pasado señorial, se conserva todavía en la plaza mayor de la villa el palacio de los señores de la misma, los Pacheco Téllez-Girón.

Es muy curioso el origen judaico que se adscribe a la Puebla de Montalbán en las *Relaciones* a Felipe II, según declaración del informante, bachiller Ramírez de Orejón: "Andando a buscar los vecinos de la tierra de Montalbán donde vivir más sanos, porque vivían enfermos junto al río, hallaron una población de judíos en el lugar donde está aora fundada la dicha villa, y se vinieron con su juredición al dicho lugar donde está fundada, y así lo oyó decir a sus padres y [a] algunos ancianos desta villa". (*Relaciones*, edic. Viñas-Paz, pág. 263).

Hasta 1492 hubo comunidad judía en la Puebla de Montalbán. Según Serrano y Sanz, en 1474 no serían más de quince familias. En 1485 contribuye esta aljama con 60 castellanos de oro a la contribución especial para la guerra de Granada.

Ha estudiado detenidamente el estado social de la Puebla en la época del autor de la *Celestina*, STEPHEN GILMAN: *The Spain of Fernando de Rojas*, Princenton, Princ. University Press, 1972, cap. V. En la pág. 232, nota 53, escribe S. Gilman: "An illustrious native of the Puebla, born a little too late for mention (1514?) was Dr. Francisco Hernández, the so-called 'protomédico de las Indias' and author of the monumental *Historia natural de Nueva España*. Hernández marrieed a girl from his howe town, Juana Díaz de Pan y Agua...".

En la Puebla era frecuente el apellido Rojas. Ignoro si todos ellos pertenecían a la misma familia. A principios del siglo XVII una rama familiar de este apellido alcanzó la consagración de su nobleza: don Juan Girón de Rojas ingresó en 1608 en la orden militar de Santiago. Era hijo de don Alonso de Cárdenas, ya fallecido, y de doña Beatriz de Rojas y Toledo, hija a su vez de Diego de Rojas, alcalde del estado de hijosdalgo de la villa y de su esposa, doña Juana Téllez de Toledo, naturales y vecinos de la Puebla de Montalbán.

estaba aún en plenitud de fuerzas físicas, y sobre todo de facultades intelectuales<sup>3</sup>.

Es probable que los padres del futuro investigador de la flora medicinal de la Nueva España fueran toledanos, y aun más probable oriundos de la comarca de la Sisle, al sureste de Toledo, o de la villa de Yepes. Es lo cierto que Hernández aparece muy vinculado a la villa de Ajofrín, a tan sólo tres leguas de la Ciudad Imperial; y probablemente no sólo por ser esta la residencia de la familia de su esposa, Juana Díaz de Paniagua, hermana de Francisco Díaz de Rojas, deudos de los Rojas-Montalbán. La mujer del doctor Hernández estaba emparentada con las principales familias judeoconversas de la Puebla. Incluso es muy probable que el médico y su esposa tuvieran ascendientes comunes, que llevarían un apellido noble e hidalgo: el de Sotomayor. Los dos hijos legítimos de su matrimonio ostentaron este apellido: doña María de Sotomayor y Juan Fernández de Sotomayor, vecino que fue de Ajofrín y fallecido en Toledo en 1597.

El biógrafo de Hernández, doctor Germán Somolinos D'Ardois, aventura un posible parentesco del médico pueblano con otros distinguidos toledanos de este apellido: Sebastián Hernández, autor de la *Tragedia Policiana*, el doctor Gregorio Hernández de Velasco, llamado por el *Fénix de los Ingenios*, Lope de Vega, «excelente traductor de Virgilio», y, sobre todos los demás, su coetáneo y también médico (y en parte homónimo) Francisco Hernández Blasco, que escribió algunas obras de tema religioso. Este escritor era natural de Sonseca. Las probabilidades respecto a este último son muy fundadas, pues en Ajofrín existía el apellido Hernández-Blasco, y Sonseca se encuentra tan sólo a cinco kms. de Ajofrín.

De todas formas, el parentesco de ambos médicos, de existir, no parece era muy próximo. Ya indicaremos en el adjunto esquema genealógico los seguros o más probables parientes que nos dan a conocer las fuentes documentales de Ajofrín, consultadas por nosotros. No debe olvidarse

3. Si le faltase sólo un año o poco más para cumplir los sesenta, habría que poner su nacimiento en 1517, poco más o menos, 1517 es, en efecto la fecha más probable. La fecha dada por J. L. Benítez Miura, 1514, es a todas luces imposible, pues de ser así en 1575 tendría los sesenta años cumplidos. Aunque hubiera cumplido los sesenta en 1575, en el verano o en el otoño de dicho año, hubiera tenido que nacer en 1515. En cierto documento de 1571 afirma o declara el propio Hernández "ser de edad de cincuenta años", pero es una cifra redondeada, incluso tal vez puesta por el escribano por simple estimación ante el aspecto físico del declarante.

Los escritores más antiguos que se ocupan del Doctor Hernández (Acosta, Sigüenza, Porreño, León Pinelo, Nicolás Antonio, Nieremberg, Quer y Gómez Ortega) no dan la fecha de nacimiento, que sin duda ignoran. Algunos afirman que era "toledano", fácil de saber, pues el mismo Hernández lo ponía tras su nombre al frente de sus *Comentarios y traducción de Cayo Plinio*. El primero en afirmar que era natural de la Puebla de Montalbán es Barreiro, a la vista del testamento del propio doctor.

lo que advierte Somolinos: «es fácil imaginar las tremendas dificultades con que se tropieza para poder seguir la genealogía de una familia de aquel tiempo; téngase además en cuenta que el uso del patronímico no es constante en las familias».

En todo caso, la familia Sotomayor era muy distinguida, y la rama provenía de una doña María, hermana de don Alonso de Sotomayor, señor de Belalcázar y primer conde de este título. Casó con Luis de Chaves, y dejó numerosa descendencia en Toledo, Yepes y otros lugares.

Nada podemos aventurar de los primeros estudios de Francisco Hernández, realizados seguramente en el lugar de residencia de sus padres, y en el *estudio* del preceptor de gramática, si lo había en la localidad.

Lo que sí sabemos es el nombre de la universidad donde cursó la enseñanza de Artes de Medicina: la insigne universidad de Alcalá. El propio Hernández lo señala cuando, en una de sus páginas, escribe de pasada: «...vimos en Alcalá de Henares, en tiempo de nuestros estudios...», y lo confirman los datos que sobre la célebre facultad de Medicina complutense nos dejó el obispo Muñoyerro. En Alcalá pudo respirar a pleno pulmón los nuevos aires humanistas. Allí fue compañero de Benito Arias Montano, el sabio polígrafo y perfecto conocedor de las sagradas Escrituras. De regreso de América, el doctor Hernández ocupó sus ocios componiendo un correcto poema latino dirigido al gran Arias Montano, y en él le llama «antiguo colega y amigo», como vemos por sus dos primeros versos:

*Allapsum iam Astae ripis, Montane, sodalem  
me veterem comitemne tuum, cui cernere primum...*

Si allí no pudo ya alcanzar a conocer al gran Nebrija, muerto en 1522, sí coincidió con un numeroso grupo de futuros colegas, médicos ilustres como él mismo: Arceo, Francisco Díaz, Monardes, Fragoso, humanistas toledanos, que bebieron en las aulas el espíritu renovador de la fundación cisneriana, más abierta y menos conservadora que la tradicional universidad de Salamanca. Dice Somolinos: «Hernández tuvo que llegar a Alcalá frisando los 20 años, o sea en los últimos años del cuarto decenio del siglo». No tan viejo: fue algunos años antes, en los primeros del indicado decenio.

Su formación en *Artes* (lenguas clásicas y filosofía) hubo de ser esmerada, y bien lo demuestra en sus obras. Su alusión explícita a Erasmo, ya nombre condenado y siniestro, en el *Prefacio al benigno lector* de su traducción castellana de la *Historia Natural* de Cayo Plinio Segundo, encareciendo el valor de la obra pliniana, «suma y compendio de todas las ciencias», en bien reveladora. Dice allí: «*Ni quiero, aunque lo afirmó Erasmo, varón muy erudito de mayor edad, que solo baste, para creerse,*

*no ser un hombre del todo ignorante hauer procurado hazer más llano el entendimiento de algunos lugares de este author...». Comenta Somolinos: «Tiene extraordinario valor este recuerdo erasmiano redactado por lo menos cuarenta años después del auge del erasmismo en España, cuando, como dice Bataillon, Erasmo ha pasado al rango de los autores a quienes nunca se cita. Su nombre desapareció a partir de mediados del siglo de manera gradual en todos los escritos, aunque su pensamiento continúa activo reflejándose en muchos autores, que con frecuencia ignoran esta influencia. La Inquisición y el *Índice* habían hecho decaer la heterodoxia, y la cita hernandina parece demostrar que Hernández tenía muy arraigado el recuerdo de Erasmo para referirse a él todavía en una época en que este autor estaba totalmente apartado del pensamiento oficial español y perseguido por la Inquisición, que trató de borrar todo reflejo de sus ideas».*

Francisco Hernández recibió el grado de bachiller en Medicina en la universidad de Alcalá el 22 de mayo de 1536. Desde ese momento estaba capacitado para ejercer su profesión. Debía de contar entonces los veinte años cumplidos.

Ignoramos, por el contrario, la fecha y lugar de sus grados de licenciatura y doctorado.

En 1536 alcanzaron el mismo título de bachiller en medicina en Alcalá otros 18 estudiantes, entre ellos ocho naturales de Toledo o de pueblos próximos.

Tres años antes se había bachillerado en la misma facultad el también toledano Nicolás de Monardes, médico que habría de desempeñar casi toda su carrera profesional en Sevilla, gran médico y farmacólogo; figura, en muchos aspectos, gemela a la de nuestro doctor Hernández.

Conocemos el nombre de los tres principales catedráticos complutenses durante los años de escolaridad de Hernández, que fueron, por tanto, sus maestros. Lo fueron el catedrático de Prima y decano de la facultad, doctor Diego de León, que alcanzó las bodas de plata con su cátedra, pues la desempeñó entre 1528-1553; y los catedráticos *de Vísperas* doctor Pedro López de Toledo, de quien declara en la *visita* de 1535 un alumno suyo que «es muy prolijo en decir muchas veces una cosa» en sus lecciones, aunque calificado de erudito por sus compañeros de claustro, y el doctor Rodrigo de Reinoso, «muy buen latino», catedrático entre 1534-1544.

## 2. ACTIVIDAD PROFESIONAL EN SEVILLA, GUADALUPE Y TOLEDO

Son aún escasas las noticias conocidas sobre la actividad médica del doctor Francisco Hernández, que inició en 1536, al lograr el título de bachiller en Medicina.

«Hernández —escribe Somolinos— se incorporó a la medicina en uno

de los momentos más oportunos de la historia médica española. El siglo XVI, que en la medicina universal presenció cambios fundamentales, en la medicina española se caracteriza por ser el momento en que se obtuvo una mejor calidad y cantidad de contenido médico de España, como nunca más volvió a lograrse. Es difícil en un trabajo como éste estudiar los muchos y diferentes factores que directa e indirectamente produjeron este auge y florecimiento de la medicina en España; sin embargo, no podemos pasar por alto algunos de ellos y sus repercusiones, ya que al omitirlos faltaría el marco donde encuadrar a Hernández y perderíamos muchos datos que explican sus hechos».

Es cierto que en el siglo XVI cristaliza una auténtica medicina española, síntesis equilibrada del antiguo saber clásico, grecolatino, y de la medicina árabe o semita, fruto también, a su vez, de una medicina empírica fecundada por la cultura griega.

Característica de este «Siglo de Oro médico» en la España del XVI es la ausencia de figuras excepcionales, junto a un alto nivel cultural y profesional de los numerosos médicos de la época. Ya nota Somolinos esta circunstancia: «No hay en todo ese período una figura que sobresalga arrolladora por encima de sus contemporáneos (caso de Cajal a fines del siglo pasado). En cambio se unen en labor de equipo o de conjunto, en forma continuada, con frutos valiosos, perseverancia en la labor y resultados óptimos, un número muy elevado de inteligencias de primerísimo orden que, sin llegar a obtener ningún descubrimiento básico, consiguen influir en la medicina contemporánea de un modo más decisivo que muchos de los autores extranjeros cuyos descubrimientos serán más adelante base fundamental de la evolución médica. En este equipo, concepto modernísimo de trabajo médico, sin sobresalir del nivel superior y sin dejar de aportar personalmente datos tan valiosos como los más notables del grupo, figura Hernández durante sus años de labor médica».

Razones para ello existían, efectivamente, muchas, potenciadas por el ambiente renacentista, que se encuentra ya en toda su plenitud. «Comprobado el hecho de que todas las actividades de la vida humana desenvueltas bajo un mismo ambiente y una misma idea toman facetas semejantes en su desarrollo, es fácil comprender cómo la pintura, la literatura, la política y, naturalmente, la medicina, en cada período histórico o en cada momento de su vida, están conjuntamente unidas o enmarcadas dentro de las características generales que rigen y distinguen la época». «Tan extraordinaria preponderancia —añade Somolinos— se debe a la cohesión de la recién nacida nacionalidad española. Toda la lucha secular del pueblo español giró en los primeros siglos para conseguir la unificación política de su territorio y eliminar de él a los pueblos invasores. Cuando estos fines se consiguen con los Reyes Católicos, en la segunda mitad del siglo XV, se constituye una potente y recia nacionalidad, fruto de la mezcla de razas, material excelente que logró alcanzar alto nivel intelectual y

una extraordinaria capacidad humana susceptible de empresas que exigen gran energía y tesón. De este bloque heterogéneo que bajo el nombre de España se constituye en las últimas décadas del 1400, surgirán todos los frutos extraordinarios que España legó a la humanidad en sus siglos de esplendor, de los que tal vez el primero y más fundamental sea el descubrimiento y colonización de América. Labor inconcebible en grandeza y profundidad que hubiera sido imposible si no se lleva a cabo también con el mismo espíritu de trabajo de equipo y colaboración que descubre en otros muchos factores de la vida española».

Es cierto que el empuje de un pueblo proyectado por los Reyes a una política coherente y ambiciosa, transida de grandes ideales, iba a dar frutos notabilísimos en todos los campos del saber y en empresas propias de los hombres de acción. En el ámbito de la medicina, son factores de desarrollo el perfecto conocimiento de toda la ciencia antigua y el estudio de nuevas enfermedades, como la sífilis y el garrotillo. La actividad organizadora de los monarcas se extiende a la institución del protomedicato. El desarrollo político tiende al absolutismo, reforzando el grupo de colaboradores eficaces de la monarquía. «Los reyes, los príncipes, los papas y muchos nobles y cardenales incluyen en el grupo de sus inmediatos seguidores al médico; se solicitaba para esta ocupación a los más afamados que, por otra parte, se consideraban honradísimos con ello. Casi todos los grandes médicos europeos del siglo XVI fueron médicos de cámara. Mas como el esplendor médico de cada corte estaba en relación con la importancia y poderío del príncipe que la mantenía, es natural que la corte más rica en médicos fuese la española y que amparado por su mecenazgo se crease un valiosísimo cuerpo médico del que formó parte durante largos años Francisco Hernández».

El descubrimiento de América tuvo también suma trascendencia para el ejercicio de la medicina en Europa. Productos terapéuticos llegaron pronto del Nuevo Continente, enriqueciendo la farmacopea tradicional.

«Existía también un notable adelanto quirúrgico, en gran parte determinado por el indiscutible avance anatómico», indica Somolinos. Las guerras continuas, en Granada o en Italia, favorecen la práctica de las curaciones, con el desarrollo de nuevas técnicas. La disección de cadáveres estaba permitida en algunas facultades y hospitales. El equilibrio entre el saber teórico, humanista, con el ejercicio y la práctica experimental, dio sus frutos, todo el que permitía el prestigio casi mágico de la doctrina hipocrática y galénica.

Cierto que en nuestra península florecen centros famosos de enseñanza médica: Salamanca, Alcalá, Valencia, Barcelona, Sevilla, Guadalupe, Valladolid... «La enseñanza no era ni mejor ni peor que en otros países y tal vez fuera mejor, pues existieron facilidades para la disección y la autopsia desde épocas anteriores» escribe Somolinos. «En cambio la enseñanza práctica estaba relegada a una especie de período posgradual»; al

menos, el médico novel frecuentemente ejercía en alguno de los muchos hospitales «que por aquella época funcionaban con todo el florecimiento o la penuria que les permitían sus rentas o el mecenazgo de sus fundadores».

¿Ejerció el joven Hernández en alguno de los varios hospitales toledanos: el de la Misericordia, el de Santa Cruz, sobre todo?

Lo que sí sabemos, por él mismo, es que fue médico durante algún tiempo en la villa de Torrijos. Tratando en sus comentarios a Plinio de cierta hierba medicinal, escribe: «*ésta me acuerdo haber visto en Torrijos, en un huerto del adelantado de Granada, que después llamaron duque de Maqueda, siendo en aquel pueblo su médico.*»

Se trata, sin duda, de don Diego de Cárdenas, primer adelantado del reino de Granada, señor del estado de Torrijos y Maqueda. Carlos V le concedió el ducado de Maqueda en 1530. Estaba casado con doña María Pacheco, hija del marqués de Villena. Su madre había sido la insigne y santa señora doña Teresa Enríquez. Mas si el huerto había sido del adelantado don Diego de Cárdenas, Hernández es difícil que llegase a conocerle, pues murió algunos años después de recibir el título ducal. En ese párrafo, el joven doctor se diría «su médico» por el «duque de Maqueda» que fuese a la sazón, muy probablemente el sucesor, don Bernardino de Cárdenas, virrey de Navarra y de Valencia, a quien no hay que confundir con su hijo y homónimo don Bernardino, desaforado y truculento, muerto en la batalla de Lepanto «en la misma galera y a los pies de D. Juan de Austria». Casado con una hija de los príncipes de Eboli, fue marqués de Eliche, y vivió lleno de deudas, que tuvo que pagar la célebre princesa.

En todo caso, el doctor Hernández se trasladó poco después a Sevilla, y en Andalucía desempeñó su profesión, dedicando alguna parte de su tiempo a herborizar, interés común con otros muchos médicos de su tiempo.

Uno de ellos fue su compañero de estudios en Alcalá, licenciado Juan Frago, cirujano distinguido, autor de algunas obras de gran valía.

«Fragoso dice en su libro, [*De succedaneis medicamentis* (Madrid, 1575)], hablando del tomillo andaluz y diferenciándolo del toledano o salsero, que en 1555 exploró el reino de Sevilla acompañado de Francisco Hernández. La noticia, que no puede ser más concreta, pasó ignorada para todos los biógrafos antiguos de Hernández, incluso para Gómez Ortega y aparece consignada por vez primera en la obra de Colmeiro, al tratar de Frago». El mismo Hernández, en sus *Comentarios* a Plinio, tiene alusiones a su estancia en Sevilla. Hombre observador, retiene nombres populares, como cuando habla del pez lisa: «acuérdome haberla visto vender en Sevilla debaxo del nombre de *baca*». En otro lugar aprovecha su experiencia sevillana para deshacer un error de la obra pliniana: «*viviendo yo en Sevilla y ocupando entre los de mi facultad lugar honesto, experi-*

*menté cenando una noche de verano debaxo de una parra que había muy tendida y deleitosa, en el patio de la casa, en la qual estaba, tanta muchudumbre de salamanquesas que, improvisadamente, hallé no pocas sobre mí, de que una que se deslizó por entre la camisa y la carne me tractó tan benignamente, que puedo agora testificar de su inocencia».*

En Sevilla pensaría Hernández dar el salto hasta América. Sevilla era en este tiempo el gran puerto de llegada de productos americanos, el centro de contratación hacia las Indias. El gran Monardes, estudiante complutense como él, dedicaba muchos afanes al estudio y la aplicación de los fármacos de Indias, interés que compartiría nuestro doctor con no menos curiosidad.

Otra estancia conocida es Guadalupe, como médico y profesor del monasterio.

Guadalupe, admirable conjunto de santuario mariano, centro de peregrinaciones, opulento monasterio de jerónimos, y en torno a él, pacífica *Puebla de Santa María de Guadalupe*, con hospital y hospedería famosos, atrajo el interés de un médico como Hernández, estudioso, exigente consigo mismo, y lógicamente esperanzado de alcanzar algún día el honroso puesto de médico de cámara de los reyes, que iban con frecuencia al devoto santuario, puesto bajo su directo patrocinio.

El hospital y botica de Guadalupe era un prestigioso centro médico, que además impartía enseñanzas. En el hospital se podían realizar disecciones anatómicas, pues tenía privilegio pontificio para ello. Aún hoy se conserva el sótano o local donde se realizaban las autopsias de cadáveres.

En Guadalupe, el doctor Hernández no sólo realizó disecciones con animales y aun con cadáveres, sino que pudo seguir dedicando sus ocios a la herborización de utilidad médica y en la clasificación botánica, tanto en las serranías próximas como en el jardín botánico que existía desde principios del siglo XVI por iniciativa del prior fray Diego de Villalón.

El mismo Hernández nos dice que vio un camaleón «*siendo médico de aquella casa y hospital*» y en otra ocasión testifica que aún existían en los montes próximos ejemplares de *capra hispanica*, y él las vio «*siendo médico de aquel monasterio y hospital*».

En Guadalupe coincide con el doctor Micó, galeno catalán, cuyas andanzas son bien conocidas. El doctor Micó es figura interesante en la medicina de su época, autor de un libro de terapéutica e higiene hidrológica titulado *Alivio de sedientos, en el qual se trata de la necesidad que tenemos de beber frío y refrescado con nieve, y las condiciones que para esto son menester, y quales cuerpos los pueden libremente soportar* (Barcelona, 1576).

Como anatomista, Hernández está en la misma línea de Vesalio y los más adelantados de su tiempo. En su traducción de Plinio y comentarios anejos hay huellas de su interés por las disecciones. Por ejemplo, cuando

habla de la matriz, dice que su *«figura, según lo vi en Guadalupe en una preñada que anatomizamos, es de un redondo prolongado, harto diferente de las de las vacas, cabras y ovejas, contra el parecer de Galeno»*. Otros muchos errores galénicos corrige en esta obra, disculpándole por las dificultades que supone debía de tener para disectar seres humanos.

Francisco Hernández conoció personalmente a Vesalio, quien vino a España hacia 1556. En sus comentarios al libro VIII de Cayo Plinio, al hacer relación de célebres anatomistas, escribe: *«Y por concluir esta materia, Andrés Vesalio, varón excelente en Anatomía, y, mientras vivía, amigo nuestro»*.

Como indica Somolinos, Guadalupe era buena antesala (tal vez larga, pero segura) para entrar en el número de los médicos de cámara o del real protomedicato. *«De Guadalupe a la corte es un camino recto»* para los médicos distinguidos. *«Hernández era ambicioso; la vuelta a Toledo después de su estancia en Guadalupe hace pensar en una premeditada aproximación a la corte. En el siglo XVI para medrar es necesario unirse a los emperadores. Un refrán popular indicaba los caminos seguros para el medro. Eran tres: Iglesia, mar o casa real. Más cómodo y lucrativo el primero; más aventurado y más peligroso el segundo; más honorífico y enaltecedor el último»*.

En Toledo está hacia 1565, según propia referencia en su traducción pliniana, obra escrita entre 1567 y 1570. En el capítulo 40 del libro VIII escribe Hernández: *«los años pasados, por causas de experiencia, cortamos yo y Nicolás de Vergara, arquitecto, pintor y escultor toledano excelente, a un perro los nervios reversivos, y así le privamos totalmente del ladrido y voz»*.

Menciona también al maestro Alvar Gómez de Castro, célebre humanista, de familia de médicos judeoconversos. Le llama *«maeso Alvargómez, varón excelente en ambas lenguas y en todo género de erudición»*, recordándolo con motivo de su insuperable biografía del cardenal Cisneros. *«Para él —concluye Somolinos— Toledo era indudablemente su centro»*.

Pero también pasa temporadas en Madrid, lugar donde la corte acababa de establecerse, pues en cierto lugar de su obra pliniana dice: *«aquí en Madrid, do al presente scribo, corte de Felipe II, señor nuestro»*. En la corte, ya probablemente en Madrid, conoció al protomédico general doctor Juan Gutiérrez de Santander, nombrado para el cargo en 1556 y fallecido doce años después. De él escribe: *«el doctor Juan Gutiérrez, médico excellentísimo de la cámara del rey don Philippe nuestro señor y protomédico en todos sus reynos, dignísimo —aliende de sus grandes letras— por su prudencia, cristiandad y otros ornamentos, del uso de todos los favores que de Su Magestad recibe, me contó...»*.

## PROTOMEDICO REAL EN LAS INDIAS OCCIDENTALES. SUS VIAJES CIENTIFICOS POR NUEVA ESPAÑA

El 11 de enero de 1570 recibe el doctor Hernández, del rey Felipe II, el nombramiento de «Protomédico general de todas las Indias, islas y tierra firme del mar oceano», «por tiempo y espacio de cinco años».

El *curriculum vitae* del médico toledano llegaba a su cenit. Empezaba a cosechar los frutos de su competencia profesional y de su estudio constante. El cargo era honroso y la tarea prometía ser fructífera para la ciencia y provechosa para su hacienda personal. Interna a sus dos hijas en el colegio que existía, por fundación del gran cardenal Jiménez de Cisneros, en el convento de San Juan de la Penitencia, de franciscanas isabelinas, en Toledo, y confía la administración de sus bienes a un vecino de Ajofrín llamado Diego Martín Maestro, persona honrada y fiel, hombre respetado de todos sus convecinos. Su único hijo varón, Juan, que entonces contaría apenas 16 años, le acompañará en su largo viaje hasta la ciudad de México, capital del reino de la Nueva España.

En el mes de agosto de aquel año embarca en Sevilla en la flota de Indias, para rendir una primera singladura en las Islas Canarias, y de allí hacer la travesía hasta la isla de Santo Domingo, bautizada por Colón con el nombre de *la Spaniola* o Española. Antes de partir, la Real Casa de Contratación le hace entrega, por orden real, de mil ducados de oro (375.000 maravedís), para los gastos de su viaje y sus honorarios como médico real.

No desaprovechó su estancia en las islas en orden al estudio de su flora y fauna, fruto del cual fueron sendos libros, hoy perdidos.

En Santo Domingo estaba el nuevo protomédico el 25 de noviembre. «*Nos hospedó allí el prelado de su Iglesia*», dice el mismo Hernández en una de sus obras.

Desembarcó en Veracruz, para proseguir sin demora el camino hacia la ciudad de México, en compañía del geógrafo real Francisco Domínguez.

Comenta Somolinos: «Era el primero que llegaba a América en misión científica. Allí le esperaba la inmortalidad y la obra imperecedera que lo incorporó definitivamente a la Historia».

Su primer acto oficial hubo de ser la visita a la Real Audiencia para presentación de sus credenciales o título de protomédico. Tuvo lugar el día 1.º de marzo de 1571. La Real Audiencia debía prestar el apoyo jurídico necesario para el desempeño de aquel oficio real, que consistía sobre todo en ejercer una eficaz inspección sobre la pericia y verdadera titulación profesional de los médicos y cirujanos. La audiencia designó a uno de sus oidores, el doctor Pedro de Villalobos, para el oficio de asesor jurídico del nuevo protomédico.

Los restantes meses de aquel año debió de ocuparlos principalmente en el intento de mejorar el ejercicio de la medicina entre los galenos de la

ciudad de Méjico y de toda la Nueva España, a la vez que se familiarizaba con los problemas que preveía posibles en sus futuros viajes científicos.

El encargo regio era el de estudiar las plantas medicinales mexicanas, y los efectos beneficiosos de los fármacos tradicionalmente usados por los indios de la Nueva España.

Siendo él toledano, es lógico que procurase conocer a sus paisanos más distinguidos, clérigos, profesionales varios y mercaderes. Consta que estrechó lazos de amistad con el distinguido humanista, canónigo de la iglesia de México, Francisco Cervantes de Salazar, hombre amigo de la pluma, buen humanista, y sincero admirador de los buenos maestros en el ejercicio de la Medicina. Consta igualmente que el cirujano Amador de Espinosa, que asistió a Cervantes de Salazar en su última enfermedad, recibió de los albaceas del canónigo «un libro de yerbas con sus colores», que el buen cirujano le había prestado.

Según parece, el doctor Hernández no obtuvo en su cargo de examinador de médicos un apoyo decidido por parte de la autorizadísima Real Audiencia mexicana.

Con todo, en 1573 escribía Hernández a Felipe II: «Yo ando peregrinando por esta Nueva España días ha».

El doctor Somolinos piensa que fueron al menos cinco las grandes expediciones científicas que el protomédico realizó, por las siguientes regiones:

Alrededores de la ciudad de México.  
Zona del Mar Austral.  
Región de Oaxaca.  
Región de Michoacán.  
Viaje al Pánuco.

En estos largos recorridos el doctor Hernández viajaba en una litera que portaban dos mulas, y era acompañado de un séquito numeroso, en sus respectivas cabalgaduras, a saber: dos o tres pintores, dos amanuenses, un intérprete de la lengua del país, y al menos tres herbolarios, recolectores de plantas, más sus criados y los acemileros. Al parecer, le acompañaba siempre su propio hijo.

En una primera expedición explora toda la zona central de México, recorriendo los distritos de Santa Fe, Toluca, Temascaltepec, Malinalco y Cuernavaca. En Tepoztlan se alojó en el convento de dominicos. En Yan-tepec debió de residir bastantes días, y en Huaxtepec hizo también estación. En este último lugar había una célebre huerta, la «más hermosa y fresca que nunca se vio». Ya Bernal Díaz, en el capítulo CXLII de su *Historia verdadera* había descrito aquel lugar paradisíaco. Como que se trataba, nada menos, que de «el exuberante jardín botánico que por orden del emperador Moctezuma I se había organizado». Había allí, además, un

hospital recién fundado por Bernaldino Alvarez. El doctor Hernández, en una de sus obras latinas, dice del célebre huerto del emperador azteca: «*La fuente de Huasteppec es de agua dulcísima y salubérrima. Poco después de su nacimiento lleva ya un caudal considerable; más tras otro corto trayecto se contamina de aguas sulfúreas y se ensucia de tal manera, que ya ni para beber es idónea*».

En la región de Taxco residió en esta población y en la de Iguala. Visita y recorre los alrededores de Oapan, bordeando el río de las Balsas.

Otro de sus itinerarios parece que fue éste: México, Xochimilco, Chalco, Tlamanalco y Amecameca. Aquí encontró la *hierba purpúrea*, «no lejos del volcán mexicano, monte altísimo, que vomita a veces espantosas nubes de humo, y al que los indígenas llaman Popocatepetl, o sea 'monte que humea'».

El viaje a Texcoco hubo de ser, probablemente, en 1574. Hernández da curiosos datos de esta villa: «*quedan todavía dos palacios reales, uno donde hoy está el convento, y el otro, donde dictamos ésto*».

En Santa Fe (allí debió de alojarse en el hospital fundado pocos años antes por el arzobispo don Vasco de Quiroga, o en el convento de agustinos) descubrió una variedad de zarzaparrilla que despertó en él gran entusiasmo. En su obra afirma que apenas hay enfermedad para la que no aproveche, y por tanto piensa que con sólo haber descubierto y dado a conocer a los moradores del Viejo Mundo esta planta, no fueron inútiles los gastos de la hacienda real ni sus propios y personales trabajos y esfuerzos.

Somolinos escribe también: «cuando salió a explorar la costa del Mar Pacífico, hemos averiguado por caminos indirectos, que precisamente a la mitad del trayecto, en Iguala, estaba la encomienda de Bernardino del Castillo, hombre extraordinario en la época: conquistador con Cortés y más tarde agricultor importante que instaló por primera vez en la Nueva España un ingenio azucarero. Hernández, hablando de este Bernaldino del Castillo, también toledano, de Torrijos, del que indudablemente fue amigo personal, nos lo describe como *varón cuya insigne labor es digna de elogio, diestro y valeroso en sus juventudes para combatir a los enemigos y diligentísimo en la vejez, hasta sus últimos días, en la siembra y cultivo de toda suerte de plantas raras y extranjeras*».

El año 1574 debió de ser especialmente fructuoso para el doctor Hernández. En carta al presidente del Consejo de Indias, Juan de Ovando, dice que ya dio fin a «*diez volúmenes de debuxos de plantas y animales desta Nueva Hespaña y veinticuatro libros de escritura de cosas muy peregrinas y de grandísimo provecho y propiedades, que en la flota que está aguardando sin ninguna duda se enviarán*». Pero esta promesa queda incumplida; tanto quiere perfeccionar y corregir su obra.

En México, de regreso de sus viajes, se instala en el Real Hospital de San José de los Naturales, en cómodos aposentos. Allí procura sistemati-

zar un tanto su trabajo, repasa sus cuadernos que ha dictado durante el mismo viaje, y lima incesantemente el borrador, que luego los amanuenses han de pasar a limpio. El propósito original del Rey y del regio protomedicato es desbordado, pues él mismo dice: «*No es nuestro propósito dar cuenta solo de los medicamentos, sino reunir la flora y componer la historia de las cosas naturales del Nuevo Mundo, poniendo ante los ojos de nuestros conterráneos, y principalmente de nuestro señor Felipe, todo lo que se produce en esta Nueva España*». Tan ambicioso proyecto desbordaba las instrucciones reales. Hernández quiere emprender la sobrehumana tarea de «catalogar toda la naturaleza de México, deslumbrado por su extensión y belleza».

En marzo de 1576 salen, por fin, para la corte del creador de El Escorial los 16 grandes volúmenes de la *Historia Natural de la Nueva España*, magníficamente encuadernados y en embalaje bien seguro.

El siente no poder hacer entonces el viaje. Se encuentra viejo y cansado. Pero ha pedido aún una prórroga en su calidad de protomédico. Aquella demora le da ocasión de asistir a una gravísima y contagiosa epidemia de cierta enfermedad, poco o nada conocida, llamada por los indios *cocoliztle*, que asoló terriblemente el país.

Por fin pudo iniciar el viaje de regreso a España con un gran equipaje de semillas y yerbas del país, y con todos los borradores y dibujos formados durante sus largas expediciones. Partió de Veracruz a mediados de febrero de 1577.

## REGRESO Y MUERTE. ULTIMOS DATOS FAMILIARES

El virrey de Nueva España, el minucioso y enérgico Martín Enríquez de Almansa, daba cuenta en 1577, en carta a Felipe II, del viaje de retorno del doctor Hernández y del envío de sus libros y semillas «en cuatro cubetas» de madera, perfectamente dispuestas y precintadas.

El equipaje llegó sin novedad en la misma flota real donde iba Hernández. El viejo protomédico sufrió mucho en la tormentosa travesía. Por fin pudo descansar un tanto en Sevilla. El rey recibió con satisfacción las noticias de su virrey y del mismo Hernández, a través de su Consejo de Indias, donde estaba como cosmógrafo, a las órdenes del presidente Ovando, otro ilustre humanista, el soriano Juan López de Velasco, muy vinculado a Toledo.

El rey, poco después, ordenaba en instrucción de su Consejo de Indias:

«También es servido de que se vea si de las plantas, yerbas y semillas que ha traído de la Nueva España el doctor Francisco Hernández será mejor que algunas de ellas se prueben en esta ciudad, y que las que parecie-

re al dicho doctor que ahí aprobarán mejor, se pongan en la huerta del Alcázar, hablando al teniente de Alcaide para que dé lugar en los jardines donde mejor puedan estar, y se tenga cuidado de la cultura de ellas y de avisar la muestra que fueren haciendo. Y que las demás yerbas, semillas y plantas que fueren a propósito para se poner acá, se envíen de manera que vengan bien. Y en esta conformidad se escriba al dicho doctor la carta que será con ésta; haréis se la dar luego y la resolución que él tomare en este caso haréis ejecutar».

Ansioso por presentar personalmente sus libros al monarca y ser testigo de la impresión que su vista causase en Felipe II, el médico real aceleró lo posible su viaje a Madrid. Se sabe que el rey le recibió con afecto y benevolencia, elogiando su trabajo y contemplando con interés y curiosidad las bellas láminas de dibujos a todo color, obra de pintores mejicanos.

Los libros de su obra principal, encuadernados en terciopelo azul y con cantoneras de plata repujada por artífices hispanoaztecas, fueron llevados al Escorial y depositados en su regia biblioteca. Allí los contempló Felipe II repetidas veces y todos los hombres cultos de la corte. Fray José de Sigüenza, algunos años después, los alaba como merecen. Por desgracia, todo aquel tesoro de láminas, y los manuscritos originales, no se han conservado: perecieron en el lastimoso incendio del monasterio, en 1671.

Las emociones de su regreso a España, del encuentro con el monarca, del que esperaba obtener grandes mercedes, y en particular con sus hijas, a las que encontraba ya convertidas en mozas casaderas, debilitaron aun más el organismo, muy minado ya por el largo viaje, del protomédico de las Indias. La primavera madrileña le fue fatal. Enfermo, hizo testamento en 8 de mayo de 1578, muriendo pocos días después.

Debido a la identidad de nombres, se ha creído —error que acepta Somolinos— que el doctor Francisco Hernández superó esta enfermedad de mayo de 1578, y vivió aún más de ocho años con el cargo de médico del príncipe don Felipe, futuro rey Felipe III. Ello no es cierto. El médico homónimo que tuvo este cargo y falleció en Madrid el 28 de enero de 1587, tras hacer testamento ante el escribano Melchor Vázquez, es ciertamente persona distinta, aunque tal vez emparentada con él. De este médico doctor Francisco Hernández, muerto en 1587, fueron testamentarios sus hijos, el doctor Juan Fernández Caro, médico, y doña María de Figueroa. Los hijos del protomédico, en cambio, fueron doña María de Sotomayor y Juan Fernández: éste nunca fue médico, ni aun obtuvo nunca título universitario alguno. Pronto aceptó y usó como segundo apellido el de *Sotomayor*, nunca el de Caro. Su vida estuvo asegurada por la cuantiosa fortuna que su padre le legó y por un matrimonio ventajoso, como luego veremos, y sobrevivió a su padre veinte años. Al quedar viudo, ingresó en el estado clerical, y no dejó descendiente alguno.

Con interesantes atisbos, el doctor Somolinos escribía sobre la familia del médico toledano:

«Quién sabe si, muerto el padre, la familia volvió a sus lugares de origen y se instaló de nuevo en Toledo o en alguna de las fincas de Ajofrín o de la Puebla de Montalbán, donde consta tenía propiedades. El último posible descendiente conocido tal vez sea aquel inspector de la Milicia Nacional de Toledo, llamado don Blas Hernández, que hacia 1830 regaló a las cortes españolas constitucionales el manuscrito latino de las *Antigüedades* y el *Libro de la Conquista* que conservaba en su poder»<sup>4</sup>.

#### ALGUNOS DATOS FAMILIARES

No tenemos dato alguno sobre los padres del doctor Francisco Hernández, pero es lo cierto que este ilustre médico aparece muy vinculado a la villa de Ajofrín, a tan sólo tres leguas de la Ciudad Imperial. Aunque nacido en la Puebla de Montalbán, el futuro protomédico debió tener parientes en Ajofrín, residencia también de la familia de su esposa, Juana Díaz de Paniagua. También ésta era originaria de la Puebla de Montalbán. Incluso es muy probable que el médico y su esposa tuvieran próximos ascendientes comunes, que llevarían un apellido de nobles resonancias: el de Sotomayor, pues parientes del médico y de su esposa lo ostentan. Los dos hijos legítimos del Dr. Hernández tomaron este apellido: doña María y Juan Fernández, que a partir de 1580 lo añadió a su patronímico<sup>5</sup>.

Es dato completamente cierto que la esposa del protomédico estaba emparentada con la familia Rojas, la del oscuro autor de la *Celestina*. Un hermano de Juana Díaz de Paniagua se llamó Francisco Díaz de Rojas, y moraba en Ajofrín. En los libros de protocolos de este pueblo, que se conservan desde 1571, hay algunos datos sobre Francisco Díaz de Rojas, que fue mayordomo del señor de Layos, y aun vivía en 1573, y sobre sus hijas, llamadas Magdalena de Sotomayor, María de Paniagua, Petronila de Rojas Paniagua y Agustina de Chaves. Petronila de Rojas casó antes de 1574 con Martín Ruiz de Santa María, vecino de Toledo.

4. *Comentarios y traducción de Cayo Plinio*, libro VII, cap. 16, fol. 536; apud SOMOLINOS: *o. c.*, pág. 104.

5. El apellido Sotomayor lo usaron estos hijos del doctor Hernández como propio de la rama paterna, pues lo usaba también una hija bastarda que tenía el doctor. A esta familia Sotomayor debía pertenecer doña Teresa de Sotomayor, que figura en documentos de 1562 como esposa del doctor Alonso de la Torre Velluga, vecino de la Puebla de Montalbán, y perteneciente a los linajes judeoconversos de los Jaradas y Cotas.

El biógrafo del Doctor Hernández, don Germán Somolinos, aventura un posible parentesco del médico pueblano con otros distinguidos toledanos de este apellido, como son Sebastián Hernández, autor de la *Tragedia Políciana*; el doctor Gregorio Hernández de Velasco, llamado por Lope de Vega «excelente traductor de Virgilio»; y, sobre los demás, su coetáneo y también médico (y en parte homónimo) Francisco Hernández Blasco, autor de algunas obras de tema religioso. Este escritor era natural de Sonseca, lugar distante tan sólo cinco kilómetros de Ajofrín. Por ello, respecto a este último, las probabilidades de parentesco son muy fundadas; pero, de existir, no era muy próximo<sup>6</sup>.

Conociendo la densidad de familias judeoconversas radicadas en la Puebla de Montalbán, al amparo de sus señores (la familia Téllez Girón y Pacheco), no es aventurado señalar la muy probable contaminación de la familia del doctor Hernández. Los conversos, además, tomaban, por lo general, como apellido, el de la familia que lo apadrinaba en el bautismo a la cual servían, cuando no el nombre del lugar donde tenían más vinculación. La familia Sotomayor era muy distinguida, y la rama toledana provenía de una doña María, hermana del primer conde de Belalcázar don Alonso de Sotomayor. Casó doña María con Luis de Chaves, y dejó numerosa descendencia, que fueron vecinos de Toledo, Yepes y otras poblaciones<sup>7</sup>.

En Ajofrín vivía en tiempo del doctor Hernández doña Isabel de Sotomayor, vecina de Toledo, «muger de Luis Daça, ausente de estos rreynos» (estaba en América), dueña de algunas fincas en aquella comarca. Era hija de Andrés Hernández y María de Vargas; tenía una hermana, Luisa de Vargas, casada con Diego de Villalta, vecino de Toledo y heredero en el lugar de Polán.

En Ajofrín tenía algunas fincas Juan Gómez de Chaves, que en 1582 era escribano mayor de las Rentas del Arzobispado de Toledo.

Vecinos de Toledo con heredades en Ajofrín fueron por estos años Melchor de Rojas, casado con doña Mayor de Porras Olgúin; Juan López de Toledo, doña Juana Marañón, Alonso Alemán, doña Jacobela de Rojas, Gregorio de Santiago, «tesorero de la provincia de Honduras en las Yn-

6. No consta ni parece probable que tuviese lazos de sangre con otro médico toledano, homónimo, ilustre misionero en América, hermano Francisco Hernández, de la orden de San Juan de Dios, fundador de varios hospitales en Tierra Firme y coetáneo del protomédico general que nos ocupa. Este hospitalario murió en Cartagena de Indias en 1596.

7. La consanguinidad de esta rama familiar con doña María de Sotomayor, hija del señor de Belalcázar, es muy probable, pues en otro caso, de no ser así, habría que pensar que Luis de Chaves y su esposa apadrinaron en el bautismo a alguna de las familias judías de la comarca toledana que se convirtieron, autorizándoles a usar sus apellidos.

días, en la Nueva España», y el caballero don Vasco Ramírez de Guzmán, casado con doña Inés de Bustos, entre otras muchas personas, que conocieron sin duda alguna al doctor Francisco Hernández.

#### PRIMER DESTINO DE SUS LIBROS DE LA TRADUCCIÓN DE PLINIO

Poca felicidad, al parecer, le deparó la vida, después de la muerte de su padre, al único hijo varón del Dr. Hernández, llamado Juan Fernández de Sotomayor. Casado en 1580 con una rica heredera de la villa de Ajofrín, Isabel Gómez, el matrimonio no tuvo hijos. Primero vivieron (al menos a temporadas) en Alcalá de Henares, pues de esta villa se dice vecino, tal vez con el propósito de iniciar o proseguir algunos estudios en su universidad; luego, debió conformarse con lo inevitable, abandonando la esperanza de alcanzar algún grado académico, y se refugió en el tranquilo pueblo toledano de donde tanto su mujer como él eran naturales, hasta la muerte de doña Isabel Gómez, ocurrida en 1596, el 4 de mayo, atendida por el médico del lugar, doctor Cabrera. Esta pérdida influyó decisivamente en su vida posterior, que sería breve. En agosto del año siguiente (1597) ha ingresado en el estado clerical, habiendo distribuido con anterioridad algunos bienes entre sus más próximos allegados.

Se traslada a Toledo, y por fin, en esta ciudad, se siente morir en el mes de octubre de 1597, seguramente tras larga enfermedad, que le permite redactar un largo y detallado testamento, que conocemos. En él se llama vecino de Toledo, clérigo de epístola y «perroquiano en San Nicolás».

En esta interesante escritura se alude a los libros de su padre que aún conservaba en su poder. Una de las cláusulas dice así: «Yten, mando que todos los libros, así de molde como de mano, y papeles míos, que yo tengo, los ayan y herieden [*sic*] el convento de los dichos padres carmelitas descalços, y que todo lo que fuere de mano, de los libros que compuso mi padre o papeles míos, no salgan a luz sin que primero los vean y corrijan los padres frai Di<sup>o</sup> de la Concepción y el padre fray Leonardo del Espíritu Ssto. y el padre fray P<sup>o</sup> de Jesús, carmelitas descalços del dicho convento» toledano.

Así se cumplió: la entrega de los libros era por acuerdo mutuo entre el hijo del protomédico y los PP. Carmelitas Descalzos de Toledo, que entregaban al clérigo subdiácono una digna sepultura en su iglesia conventual y aceptaban celebrar por su alma, todos los años, cierto número de misas y sufragios.

Detalles sobre qué libros eran éstos y su posterior destino, se desprenden de cierta información que se hizo pocos años después en Toledo y en Madrid, a petición del convento, y cuyo original hemos hallado en el Archivo de Protocolos de Toledo.

Resultaba que el convento había entregado algunos libros al monarca Felipe II, y pretendía recuperarlos o recibir su valor económico. Causante —aunque involuntario— de tal pérdida había sido el propio médico de la comunidad carmelitana, llamado el doctor Fernando de Segovia.

Se hizo la información en el verano de 1611, y en ella el doctor Fernando de Segovia testificaba (5 de julio de 1611) que vio los libros del doctor Francisco Hernández muchas veces, y con autorización del padre fray Elías de San Martín, prior a la sazón, se llevó a su casa los volúmenes que contenían la traducción de Plinio al romance, juzgándolo obra de mucha importancia; coincidió ello con un viaje que hizo a Madrid «a cosas suyas y estuvo con los doctores medicos y el uno el dotor Mercado médico de cámara de su magestad y tratando de cosas de medicina trataron de Plinio, y tratando dél este testigo les dijo como tenia en su poder la traducción [sic] Francisco Hers. médico padre del dicho difunto y que hera cosa de mucha ymportança y entonces el dicho dotor de la cámara se olgó de sabello diçiendo que su magestad le abía preguntado muchas bezes por ellos por notiçia que tenia que el dicho licenciado Francisco Hernandes los había traduçido y que auía de ir luego a dar noticia de ellos a su magestad y este testigo se vino a Toledo ... su magestad auía embiado por ellos a el dicho monesterio y este testigo se los entregó al dicho prior para el dicho efecto...».

Algunas nuevas precisiones sobre estos libros da en su declaración (de fecha 20 de agosto) el padre fray Jerónimo de la Purificación: «...el dicho Juan Fernández de Sotomayor mandó a el dicho monesterio del Espíritu Santo, por cláusula de su testamento, con que fallezió, todos sus libros y entre ellos fueron diez e seis cuerpos de libros escritos de mano ansi de la traducción de Plinio y escolios sobre ellos e de otras cosas naturales que descubrió en las Yndias el licdo. Francisco Fernández médico su padre... los quales son libros de mucha estima y valor».

Este mismo aprecio pondera mucho en su declaración (4 julio 1611) el doctor Juan Bautista de Colonia, médico, «catedático de prima de la uniuersidad desta çiudad de Toledo»: «...los quales dichos libros save este testigo que heran de mucha estima y balor y que heran muchos dellos de mano», añadiendo que el convento era pobre, y los frailes se sustentaban de limosnas.

El padre fray Joseph de Jesús María declaraba también: «...y quando este testigo vino a ser prior del dicho convento oyó lastimarse a los religiosos dél de que no los oviesen vuelto, porque dellos se podrían aprovechar para redimir los zensos que el convento tenía, y pagar otras deudas sueltas», y sabía que dichos libros estaban en la biblioteca del Escorial: «...porque aviendo leydo [en] la tercera parte de la Historia de San Jerónimo las cosas que allí escribe el padre frai Joseph de Sigüenza de las grandezas del mon° de San Lorenzo el Real, donde pone por una dellas

estos libros de que haze minción... y este testigo fue a verlos y aviéndose los enseñado conoció ser ellos por el nombre del autor y las cosas de que tratavan, por aver quedado en este convento del Espíritu Santo un cuerpo de los dichos libros... y hasta la encuadernación era una misma, aunque la quitaron en San Lorenzo por encuadernarlos como estaban los demás libros de aquella librería, pero todavía tenía el librero guardadas las manecillas y cantorneras de plata de la encuadernacion antigua. Y ansi mismo save este testigo que a el dicho Juan Fernández de Sotomayor le dieron en el dicho convento del Espíritu Santo por la dicha herençia una sepultura muy honrrada con un altar y que las memorias que dexó se cumplen con el mismo cuidado que todas las demás...».

La información, que se inició por un *pedimiento* redactado por el eminente jurista doctor Alonso Narbona, se cerró en Toledo el 27 de enero de 1612. Debió presentarse entonces ante los alcaldes de Casa y Corte. Nada sabemos de su resultado, pero es lo más probable que recibiese el convento alguna cantidad en compensación, a título de compraventa.

